

Capítulo 26: La formación de los religiosos

En materia de ascetismo, el dominio propio del P. Chaminade era la ciencia del estado religioso. Aportaba una autoridad apoyada en la experiencia de una vida entera: educado por un hermano religioso, comprometido desde la edad de catorce años en la práctica de las virtudes y de las obligaciones fundamentales de la vida religiosa, había sido preparado por la Providencia en la llamada misteriosa de Zaragoza que le invitaba a trabajar no sólo en el resurgimiento de la fe en su país, sino también en la restauración de la institución monástica. La última palabra de su misión era formar religiosos. Penetrado de esta convicción, se dedicó con predilección al estudio de las diversas formas en que los consejos evangélicos habían sido practicados en la Iglesia desde la antigüedad hasta su época. Reunió en su biblioteca una colección de las reglas monásticas más completas y menos conocidas. Finalmente observó en los conventos de Francia y España los usos de la vida común y se había instruido con la experiencia de los antiguos religiosos que había encontrado en su camino.

Su competencia en esta materia era tan universalmente reconocida que no se fundaba o se restablecía una Orden religiosa en Burdeos y en la región sin que fuese consultado. Cuando el P. Martial, futuro obispo de Saint-Brieuc, fue nombrado vicario general de Burdeos y encargado especialmente de las comunidades de la diócesis, se dirigió al P. Chaminade para que le dijese la manera de hacer con provecho la visita canónica. Monseñor Jacoupy en Agen admiraba tanto su habilidad para conducir a las Hijas de María que hubiera deseado confiarle la dirección de otras comunidades. Todavía le veremos varias veces, a lo largo de esta historia, llamado a contribuir con sus consejos e incluso con su colaboración en la consolidación de institutos nacientes. A veces incluso órdenes ya antiguas, como en 1832 los misioneros del Espíritu Santo del Beato Grignon de Monfort, recurrirán a sus luces para zanjar dificultades de las que depende su existencia.

Pero los que sobre todo tenían derecho a su excepcional experiencia de las cosas de la vida religiosa eran aquellos a los que él mismo había introducido en la vía de los consejos evangélicos. Ya a los que habían abrazado la vida religiosa en el mundo se había esforzado en darles una excelente formación. Desde la fundación de los dos institutos, se había ido desprendiendo cada vez más de sus otras ocupaciones para entregarse con predilección a esta tarea de la formación, que para él era la más urgente y fecunda de todas. Con Agen mantenía una correspondencia seguida sin que se escapase ningún detalle. En Burdeos los intereses de la pequeña Compañía primaban sobre todo lo demás y, entre esos intereses, los del alma tenían tanta preferencia que los consejos presididos por el fundador se transformaban habitualmente en verdaderas conferencias espirituales.

Poco a poco, a medida que los dos institutos se desarrollaron, se vio obligado a compartir su tiempo entre lo temporal y lo espiritual. Se lamentaba de ello profundamente y hubiese querido, como los apóstoles, poder descargar sobre otros todo lo que no fuese la oración y la instrucción religiosa de sus hijos. Escuchemos en sus cartas la expresión de sus quejas¹: «Me es difícil decir la pena que he experimentado por tener que escribir tantas cartas a Saint-Remy y de hablar tan poco de lo espiritual». Tiene escrúpulo por ello, casi remordimientos. Dice²: «Lo que me asombra y a veces me causa turbación es lo que dice san Pablo: *Nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus, ut ei placeat cui se probavit* (2 Tim 2,4). En mi posición y en el combate que tengo que sostener por Dios, precisamente necesito a menudo entrar en asuntos seculares. Esta obligación de inmiscuirse *negotiis saecularibus* ¿sería una prueba de que el combate no está en los planes de Dios? He ahí la dificultad. Hace muchos años que me la planteo. Solo encuentro paz interior tomando cuidado: 1º de no entrar en esos negocios seculares más que por asuntos que creo que Dios pide; 2º de entrar en ellos lo menos posible; 3º de no dejar de elevarme hacia Dios, para que mi espíritu y mi corazón no estén realmente implicados en esos negocios seculares. Si usted tiene, querido hijo, algo que añadir o decirme, no tema hacerlo».

Y sin embargo, sus cartas, incluso las más cargadas de asuntos temporales, estaban como impregnadas del espíritu de fe. Los pensamientos sobrenaturales brotaban espontáneamente de su

¹ Al P. Chevaux, 17 de junio de 1833. *Carta 692, Lettres, t. III, p. 302. El original de la carta dice "Me sería difícil". El P. Simler cita "Me es difícil".*

² Al P. Caillet, 16 de junio de 1824. *Carta 299, Lettres, t. I, pp. 588-589.*

pluma, esparcidas a lo largo del texto, ordinariamente lacónicas y fuertes, a veces desarrolladas en un párrafo o en una página entera. En todo caso, una frase al final a modo de oración jaculatoria venía a arrancar al alma de las preocupaciones terrestres y a elevarla a esferas más serenas.

Por lo demás, para formar a sus religiosos, empleaba el medio más eficaz de todos que la Iglesia misma le imponía, el noviciado, que era el aprendizaje regular y metódico de la vida monástica. Desde su origen, lo estableció en la Hijas de María y lo confió a una excelente maestra de novicias, la Madre María del Sagrado Corazón³. Animaba con su espíritu este pequeño cenáculo y lo dirigía con sus cartas. Había que felicitarse de las disposiciones que encontraba y de los resultados que obtenía. Si había algo de qué quejarse era de un exceso de celo: «Creo como usted, querida hija⁴, que el Consejo exige demasiada perfección a los sujetos que piden entrar o probar. No se hace así en los cuerpos más perfectos. Se soportan los defectos de las postulantes y novicias, siempre que se sometan, testimonien buena voluntad y sobre todo hagan esfuerzos por corregirse. Sin embargo, prefiero esta exageración que el defecto contrario: es de buen augurio al comienzo de una institución. La experiencia hará que se tome pronto el medio».

Para estar segura de una buena formación, la Madre de Trenquelléon quería ver el noviciado trasladado cerca del fundador. Él mismo no lo veía mal; se ahorraría muchas cartas. En 1824, alquiló en Burdeos una casa para sus hijas, sita en la calle Mazarin⁵, a poca distancia de la Madeleine. La Madre de Trenquelléon misma vino a instalar allí el noviciado, y le dio como superiora a su prima, Madre María José de Casteras, con la Madre Luis Gonzaga como maestra de novicias, porque la Madre del Sagrado Corazón había reemplazado en Tonneins a la Madre Teresa, prematuramente segada por la muerte.

Durante tiempo, los miembros de la pequeña Compañía de María no fueron tan bien tratados como sus hermanas de Agen. Cuando los siete primeros acabaron su año de prueba en el callejón Ségur, las circunstancias les obligaron a ellos y a sus nuevos cohermanos a consagrar durante tres años todas sus fuerzas a las necesidades de las obras: grave peligro para los últimos llegados, que efectivamente se quejaban suavemente de haber sido descuidados. Escribía uno de ellos al P. Chaminade⁶: «Querido Padre, necesito recibir de vez en cuando sus instrucciones. Apenas si he sido dado a luz en la religión y he mamado algunas gotas que debe darme una vida nueva cuando, quitándome las ligaduras que me ayudaban a andar, se me deja, por decirlo así, ir completamente solo, como si hubiese llegado ya a la fuerza de la edad». El P. Chaminade se inquietó porque además veía acudir a él personas valiosas.

La Congregación continuaba proporcionándoselas. Eran, por ejemplo, un antiguo oficial de las guerras de España, Bernard Gaussens, cuya familia era muy conocida en Burdeos⁷, y un excelente joven originario de Alsacia, Louis Rothéa, que, iniciándose en el comercio en una de las grandes casas de Burdeos, se unió al P. Chaminade y se dio a él sin reservas. Louis Rothéa tenía un hermano párroco de una de las parroquias de Sainte-Marie-aux-Mines, en Alsacia. En cuanto Andrés encontró al Maestro llamó a *Pedro*, y el P. Charles Rothéa, «sacerdote de angélica piedad, no dudó en seguir esta llamada y dejar todo para darse a una Compañía en que se hacía profesión expresa de honrar y servir a la santísima Virgen. Había sido condiscípulo de seminario en Besançon de un piadoso sacerdote de Porrentruy, el P. Caillet. Ellos se habían confiado sus pensamientos y su deseo de vivir en religión». A su vez habló a Caillet «y el P. Caillet se dirigió a Burdeos»⁸. Otros sacerdotes oyeron la voz de Dios y se disponían a seguirla, aunque algunos, como el P. Serres en Agen y el P. Larrieu en Auch, fueron retenidos por sus obispos.

Era ya hora de abrir un noviciado regular: fue inaugurado en Saint-Laurent en el mes de octubre de 1821. Un religioso de primera hora, Dominique Clouzet, fue encargado del mismo con el P. Rothéa como capellán, quedando la dirección espiritual propiamente dicha bajo la responsabilidad del fundador.

³ Agathe Diché, amiga de infancia de Adela de Trenquelléon.

⁴ A la Madre Adela de Trenquelléon, 6 de mayo de 1821. *Carta 155, Lettres, t. I, p. 271.*

⁵ N^o 1, que es el n^o 2 actual.

⁶ Bernard Laugeay, 23 de marzo de 1821. *AGMAR 26.3.280.*

⁷ Nos referimos a la familia Gaussens- Lequellec, que no hay que confundir con la familia Gaussens de donde han salido los dos sacerdotes de este nombre.

⁸ Lalanne, *Not. historique*, p. 17. *Cfr. AGMAR 17.8.1*

Conocemos ya Saint-Laurent, su viña, sus plátanos y su casita. Los recuerdos se agolpaban allí, remontándose hasta el tiempo funesto del Terror, para dejar paso a los edificantes ejemplos del primer noviciado de los Hermanos de las Escuelas cristianas, los diálogos íntimos de los que había salido la pequeña Compañía, los retiros en que cada año se reavivaba en el corazón de los religiosos la llama del apostolado. Cuna de la Compañía, verdadero santuario embalsamado con un perfume de piedad y generosidad, Saint-Laurent era un lugar predestinado para servir de primer noviciado al Instituto naciente. Pero si era rico en piadosas tradiciones, estaba desprovisto de comodidades: cuatro salas, una modesta capilla, ganada al extremo de un cobertizo, era todo lo que constituía la casa. El mobiliario era tan rudimentario que al principio los novicios no tenían incluso asientos; el resto era proporcional, incluida la comida. «Pero, dicen los testigos de estos tiempos heroicos⁹, si había carencia de bienes temporales, no la había de bienes espirituales; el fervor era tan grande que suplía a todo: es la pobreza la base del edificio religioso?».

El P. Rothéa evocaba más tarde con placer el recuerdo de estos humildes principios, y lo presentaba al fundador¹⁰. «Usted me dijo, querido Buen Padre, que había que empezar el noviciado en Saint-Laurent. Mi hermano, el señor Olivier, un novicio y yo nos fuimos allá a las nueve de la noche, y no encontramos más que un poco de paja. ¡Extrema pobreza! Y sin embargo la alegría reinaba entre nosotros; cantábamos¹¹. Éramos tan pobres que cuando usted vino a vernos, no teníamos ni una silla para ofrecerle. Usted se sentó a mi lado sobre mi baúl; usted nos habló de sus planes y yo recibí un gran consuelo. Empezamos el noviciado cuatro, y dos años después éramos treinta».

Se levantó un piso en una parte de la casa. Entonces también se creó un segundo noviciado al lado de la Madeleine destinado a los estudiantes de enseñanza secundaria. El P. Chaminade había comprado la casa que, a derecha de la iglesia, era simétrica a la que él mismo ocupaba¹². En su ausencia¹³, había encargado a Marie-Thérèse de Lamourous que dirigiese las reparaciones necesarias para el nuevo destino de la casa. Fue lo que él llamó el *seminario menor*. Los alumnos frecuentaban las clases del Colegio real situado a sólo unos pasos de la Madeleine¹⁴. Este noviciado fue, en poco tiempo, numeroso y próspero.

Así en 1824 el fundador tuvo a mano tres casas de formación, una destinada a las Hijas de María y las otras dos a la pequeña Compañía. Estableció en dos años el mínimo de estancia de los novicios y dividió este tiempo entre la formación religiosa propiamente dicha y los estudios profanos. Hizo reglamentos muy detallados y se ocupó de su observancia.

Más que las reglas, era su presencia la que mantenía el fervor. Estaba en el noviciado todo el tiempo que le permitían sus ocupaciones. Como buen padre de familia, le gustaba reunir a veces en torno a su mesa a todos sus hijos de la pequeña Compañía. Esos sucedía, por ejemplo, el día de Reyes y entonces no faltaba el pastel con la sorpresa tradicional. Lo más a menudo era él el que iba a los suyos. Visitaba casi diariamente su seminario menor, que estaba separado de su casa sólo por la iglesia; muy a menudo iba a la calle Mazarin, al noviciado de las Hijas de María; y cada semana, pasaba un día entero, el jueves, en Saint-Laurent, y allí citaba a sus hijos que estaban en la calle des Menuts.

Según los relatos de los testigos¹⁵, dividía la jornada de la siguiente manera. El P. Chaminade llegaba a las diez y comía antes que la comunidad para no estorbarla con su lentitud; un novicio le leía a la mesa. El resto del tiempo pertenecía a sus hijos. Durante el recreo, todos se agolpaban en torno al Buen Padre: hablaba alegremente con ellos, aunque el objeto de la conversación era casi siempre un tema de religión o de educación, entremezclando con sus reflexiones piadosas alguna historia del Terror u otro punto sacado de sus recuerdos personales. Inmediatamente después del recreo se colocaba la conferencia espiritual, en la que impartía a sus hijos sus enseñanzas, que siempre eran escuchadas con una piadosa avidez. La lentitud de su palabra

⁹ Notas de Serment. *Extractos de AGMAR 17.4.328, p. 21.*

¹⁰ Notas redactadas en 1829, y carta del 29 de diciembre de 1835. *AGMAR 27.2.49.*

¹¹ El P. Rothéa era músico, le gustaba cantar y hacer cantar hasta su vejez, y, cuando podía, acompañaba al piano o al órgano.

¹² Era el n° 3 de entonces de la calle Lalande, que hoy son los números 8 y 10, que van a desaparecer al atravesarle la calle Duffour-Dubergier.

¹³ En el mes de junio de 1823.

¹⁴ El Colegio real ocupaba una parte del emplazamiento actual de las Facultades en el paseo Victor Hugo.

¹⁵ Serment, Sylvain, Dumontet, etc.

ayudaba a que penetrasen profundamente en las almas y produjesen convicciones imborrables. Después abría su puerta a todos los que querían hablar con él, recibiendo a todo el mundo, hasta a los postulantes más pequeños, con la misma afabilidad. Cuenta uno de ellos¹⁶: «Éramos acogidos siempre con bondad, no nos despachaba nunca. No olvidaré nunca cómo, al final de una de estas entrevistas, me apretó sobre su corazón diciéndome: «Hijo mío, sé fiel». Su puerta estaba continuamente asediada, y para satisfacer este afán, volvía a la Madeleine ya muy tarde por la noche.

Su presencia en Saint-Laurent ensanchaba los rostros y los corazones: sólo verlo era ya un estímulo al trabajo espiritual y al progreso del alma. Cuenta un novicio de entonces: «Entre el Buen Padre y sus hijos había una cordialidad encantadora que cambiaba todas las espinas en rosas. Nuestro pobre noviciado se convertía en un paraíso en la tierra. Estaba allí horas enteras con paciencia y alegremente explicándonos, inculcándonos, haciéndonos apreciar las cosas que no comprendíamos, que incluso nos horrorizaban por nuestras repugnancias. Nos inspiraba un verdadero entusiasmo por nuestra vocación; nada nos parecía comparable al título de misionero de María y las tres ramas de nuestra Compañía, los sacerdotes, los laicos letrados y los obreros, se nos representaban formando un solo árbol de gran belleza: *cor unum et anima una*. Esta dirección era una segunda luz, el fundamento de nuestra vida espiritual... Y puedo decir que aprovechábamos de un favor tan grande, que entre nosotros había mucho fervor, sencillez, confianza, que incluso en el recreo nos gustaba conversar sobre las cosas de Dios, que sólo se pensaba en progresar, que la única dicha que se ambicionaba era la de poder hacer conocer y amar a la santísima Virgen».

No es extraño que noviciado ferviente produjese frutos de paraíso. Contaba otro novicio¹⁷: «En el noviciado he sido feliz testigo de jóvenes que eran maravillosamente edificantes. Yo vi morir como santo a uno de ellos, llamado Espinat. Estaba entre nosotros desde hacía poco tiempo; se disciplinaba, y su modestia era tan grande que no se le podía mirar sin quedar conmovido; al morir anunció que uno de sus discípulos le seguiría pronto. Efectivamente, otro, llamado Desfeuilles, sobrino de un diputado y originario de Colmar, que había abandonado, no sin oposición, una gran fortuna y un provenir brillante según el mundo, murió pronto. Después de su muerte, el P. Chaminade nos hablaba a menudo de los medios que este joven había tomado para morir en unión con Nuestro Señor Jesucristo»¹⁸.

Ya hemos hecho alusión más arriba a que había en Saint-Laurent algunos más jóvenes que los novicios que, con el nombre de postulantes, eran admitidos a prepararse para la vida religiosa. El P. Chaminade había comprobado que «nunca las órdenes religiosas, tanto de hombres como de mujeres, han sido más florecientes que cuando han educado a sus sujetos desde su más tierna infancia»¹⁹. Recibía sin dificultad a los jóvenes postulantes que se presentaban²⁰, porque estimaba que la vocación al estado religioso es mucho más frecuente de lo que se piensa comúnmente. Decía en uno de sus sermones: «¡Cuántas veces estos divinos consejos se convierten en obligatorios, cuando el espíritu de Dios dice a un alma lo que Jesucristo dijo la joven: Anda, vende tus bienes y sígueme! ¿Quién se atreverá a decir que esta alma no tiene la misma obligación que este joven?». No tenía en cuenta las condiciones de fortuna del niño que se presentaba²¹. Pero exigía buena voluntad y, si no virtudes adquiridas, al menos disposiciones para adquirirlas. Dice²²: «En los

¹⁶ Justin Dumontet. *AGMAR 17.4.300*.

¹⁷ Sylvain, notas manuscritas. *AGMAR 17.4.329, pp. 9-10*.

¹⁸ Espinat murió en el noviciado de la Madeleine, y Desfeuilles en Saint-Laurent.

¹⁹ A la Madre de Trenquelléon, 30 de septiembre de 1816. *Carta 71, Lettres, t. I, pp. 127-128*.

²⁰ El arzobispo de París, monseñor de Quélen, le confió uno de sus sobrinos, pero el P. Chaminade no lo mantuvo por falta de vocación.

²¹ Al superior de una casa de formación, el P. Léon Meyer, escribe (sin indicación de fecha): «Abra, querido hijo, la puerta a todos los que nos envía el buen Dios, aunque no tengan nada». Y al mismo el 20 de agosto de 1835: «No despediremos nunca a un buen sujeto sólo por razones de poca fortuna o falta de medios económicos». *Carta 794, Lettres, t. III, p. 523*.

²² Consejos a la Madre Casteras, superiora del noviciado de Burdeos. Se quejaban un día en Saint-Laurent de su facilidad para recibir a los sujetos. A lo que él respondió: «¿Cómo quieren que me arrepienta de haber recibido en el noviciado a almas que la Providencia me enviaba? Si no han correspondido a la gracia, ¿es culpa mía? Yo he cumplido con mi deber. Y aun cuando esos desdichados, al salir de la casa, se hubieran puesto a hacer el oficio de ladrón, ¿quién dice que en el momento de la muerte el recuerdo del bien que se les hizo en el noviciado, las instrucciones y buenos ejemplos que recibieron no les haría entrar dentro de ellos

sujetos que son admitidos, no se debe examinar precisamente el punto de virtud al que han llegado, sino los resortes del alma, es decir si hay la fuerza y la energía necesarias para practicar la virtud».

Admitía con facilidad, pero insistía sobre la necesidad de seguir a estos niños con una atención escrupulosa: «Hay que vigilar siempre a la juventud, por muy buena que sea, como se vigila la leche en el fuego»²³. Creía también que no había que dudar a la hora de despedir a aquellos a quienes se les reconociese una vocación y unas aptitudes insuficientes. A este respecto daba instrucciones muy claras a las Hijas de María²⁴: «Yo quisiera bastante facilidad en dejar entrar a las postulantes, cuando manifiesten buena voluntad y parezcan tener las cualidades requeridas. Pero yo quisiera firmeza para despedirlas cuando faltan esos signos». Y decía también²⁵: «hacen falta caracteres flexibles y dóciles. No se precipite en aumentar el número de sus hijas. No tenga miedo de despedir a las que no le parezcan adecuadas para la obra del Señor. Y eso se percibe ordinariamente en los primeros meses del postulante. Los sujetos reacios, caprichosos, que usted retiene por cualquier pretexto, le estropean con sus malos ejemplos otros sujetos que hubieran llegado a buen término, si sólo hubiesen tenido alrededor de ellos buenos sujetos que les edificaran». «Sea madre, decía a la superiora, sea madre, buena madre, la más tierna de las madres, si usted quiere, pero solamente de sus hijas. Usted no ha adoptado todavía a las postulantes, menos todavía las ha engendrado en la entrañas de su caridad».

Sobre todo, exigía que se presentase a los postulantes la vida religiosa con su verdadero rostro. Escribe²⁶: «Una de mis reglas es no atraer a los sujetos por las dulzuras de la vida claustral, sino dejar que se manifieste el espíritu de Dios». Cuando encontraba sujetos pretenciosos, cuyas intenciones no parecían totalmente sobrenaturales, les probaba mucho tiempo antes de admitirlos. Cuenta un religioso²⁷: «Recuerdo que se mostró muy severo en las pruebas que hizo sufrir a algunos. A uno, antes de admitirlo, el P. Chaminade lo envió a tres casas sucesivamente, Villeneuve, Lauzerte y Castesarrasin, después de haber dado órdenes de que se les recibiese con muchas dificultades. El propio P. Chaminade, al contarme este hecho, añadió que hacían falta hombres, o jóvenes capaces de llegar a serlo».

Mostraba igual firmeza para imponer a los superiores encargados de las casas de formación la obligación de no dejar salir a los sujetos que les eran confiados antes de que hubiesen adquirido el espíritu de su estado. En una carta a la superiora de las Hijas de María se expresaba así²⁸: «En la medida de la posible no ponga a trabajar a las novicias hasta que estén suficientemente formadas. Si no, usted no tendrá más que religiosas a medias, y el Instituto degeneraría rápidamente». A quien le pedía sujetos respondía²⁹: «Tenga paciencia; en lugar de fortalecerlos, nos debilitaremos, si no dejamos madurar a los sujetos antes de ponerles a trabajar». La experiencia ya le había enseñado mucho: «Hasta ahora hemos perdido a algunos por haberlos puesto a trabajar demasiado pronto. Si ponemos a trabajar a nuestros sujetos cuando están sólo medio formados, acabaremos pereciendo».

Se comprende esa severidad y esa insistencia, si se piensa en que el noviciado tiene como fin transformar al simple cristiano en hombre interior y espiritual, al hombre del mundo en un religioso. Decía enérgicamente el P. Chaminade³⁰: «Un religioso que no es espiritual es una quimera y un

mismos y sería la causa de la salvación de su alma? Y aun cuando esta buena obra fuese pura pérdida para ellos, estaría perdida para la Compañía de María, cuyo único fin es complacer a Dios y atraer sus bendiciones, trabajando por todos los medios, pero sobre todo por la caridad, en la salvación de las almas?»). Un religioso, Bernard Laugeay, recuerda estas palabras del mismo P. Chaminade, como habiéndoselas oído pronunciar (carta del 12 de julio de 1841. *AGMAR 28.4.882. p. 8*).

²³ Al P. Caillet, 4 de octubre de 1825. *Carta 377, Lettres, t. II, p. 136*.

²⁴ A la Madre de Trenquelléon, 20 de diciembre de 1821. *No es a la Madre de Trenquelléon, sino a la Madre Saint-Vincent. La cita además no es textual, cfr. Carta 165, Lettres, t. I, p. 314*.

²⁵ A la Madre de Trenquelléon, diciembre 1818. *No hay ninguna carta a la Madre Trenquelléon en ese mes. Hay una alusión a una admisión precipitada en la carta 108, de 4 de noviembre de 1818, Lettres, t. I, p. 189*.

²⁶ A la Madre de Trenquelléon, 7 de diciembre de 1817. *Carta 94, Lettres, t. I, p. 169*.

²⁷ Sylvain, notas manuscritas. *AGMAR 17.4.329, p. 26* Hay que reconocer que muy a menudo se dejaba conmovido su bondad y que no era fácil que decidiese un despido, cuando podía decir señalando el corazón: «Aquí hay algo bueno todavía» *AGMAR 17.4.329, p. 29*.

²⁸ A la Madre Saint-Vincent, 3 de diciembre de 1838. *Carta 1098, Lettres, t. IV, p. 419*.

²⁹ A Clouzet, 30 de noviembre de 1825. *Carta 380, Lettres, t. II, p. 140*.

³⁰ Retiro de 1822. *AGMAR 10.5.5; AGMAR 10.5.8*.

fantasma». «¿Qué importan los talentos naturales? lo esencial es lo interior, hay que ocuparse seriamente de ello. En cuanto al resto, recibiremos lo que el buen Dios quiera darnos»³¹.

Para inculcar esta vida interior, el P. Chaminade recomendaba ante todo a los maestros y maestras de novicios la «dirección seguida», de la que él daba ejemplo en Saint-Laurent. Decía³²: «Se necesita una gran paciencia, porque usted debe enseñar a andar a su pequeño mundo. Son como hijos pequeños en el orden de la vida espiritual: *quasi modo geniti infantes*». Es necesario hacer que trabajen simultáneamente la mente, el corazón y la voluntad. Escribía él³³: «En la educación espiritual que usted tiene que dar a los novicios, al mismo tiempo que instruye e ilumina la mente con los principios de la vida interior, hay que ir al corazón y formar la voluntad, y no comprendo cómo puede ser ganada la voluntad para Dios si no es por la fe y la caridad. El temor de los juicios de Dios puede sacudirla saludablemente, obligarla a volverse hacia Dios, pero entonces no se está más que a la entrada del camino. Sólo la fe y la caridad nos hacen andar». Por parte del sujeto son necesarias una docilidad perfecta y un esfuerzo sostenido. «Para eso, dice el P. Chaminade a uno de ellos³⁴, sólo hace falta un poco de valor. ¡Qué quiere usted!, querido hijo, los flojos, como usted bien sabe, no entrarán nunca en el reino de los cielos». La unión de estos dos elementos, buena voluntad por parte del sujeto, dirección sabia y metódica por parte del maestro, tendrá por resultado infalible la grabación profunda en el alma del joven de los principios de la vida religiosa y, al mismo tiempo, el sello especial del Instituto.

Para el P. Chaminade, esos principios no podían diferir de lo que han sido para todos los maestros de la vida espiritual, puesto que son una aplicación directa del evangelio mismo. Sin embargo, el lector nos agradecerá que le indiquemos, por medio de algunas citas, cuáles eran los puntos sobre los que el P. Chaminade fijaba preferentemente su atención y llamaba la de los maestros de novicios. Para él³⁵, «la abnegación es el quicio en torno al cual gira toda la vida religiosa». Porque, dice él³⁶, «el estado religioso es una cruz que se asemeja a la cruz de Jesucristo, formada también de dos elementos tan duros como la madera, la penitencia y la obediencia»: la penitencia forma parte de los votos de pobreza y castidad, la obediencia es la materia del tercero de los votos de religión. De la obediencia, de la renuncia a la voluntad propia, el P. Chaminade habla siempre en términos vehementes. No quiere «esos religiosos a medias que, no sabiendo arrancarse a sí mismos, están siempre tristes e inquietos». Y añadía: «¿Cómo van a estar contentos de sí mismos si Dios no lo está de ellos?»³⁷.

Sobre la castidad, cuya necesidad es evidente, insiste menos que sobre la pobreza. Todo el valor de esta última se lo ha enseñado el ejemplo de las antiguas órdenes religiosas barridas por la Revolución. No quiere que los religiosos, ni siquiera colectivamente, se digan o se crean propietarios. «Los bienes no son de ellos ni de los superiores ni de la comunidad, son de Dios: *Domini est terra et plenitudo ejus*»³⁸. Funda en la práctica de la pobreza todas sus esperanzas del futuro del Instituto. Escribe desde el principio³⁹: «Dios golpea de una manera terrible a los religiosos que no son pobres; les retira sus gracias y los abandona a ellos mismos. Por el contrario, colma con sus más insígnis favores a los que son verdaderamente pobres: nosotros nos multiplicaremos hasta el infinito, el Instituto crecerá grandemente, tanto en el fervor como en el número de casas y personas, si somos pobres. Todos los ojos están fijos en nosotros; ya en el mundo se nos toma por religiosos, es decir por hombres que levantan una vida muy austera y muy pobre. Si usamos las cosas como se usan en el mundo, si tenemos nuestras comodidades como se tienen en el mundo, si nos quejamos cuando nos falta algo, como se quejan en el mundo, se nos dirá con sorpresa y desprecio:

³¹ Conferencia del 2 de diciembre de 1819 a la pequeña Compañía. *Es más bien el acta de una sesión de Consejo AGMAR 14.1.8.*

³² Al P. Léon Meyer, 27 de diciembre de 1836. *Cita no textual, cfr. carta 921, Lettres, t. IV, p. 85.*

³³ Al P. Chevaux, 25 de junio de 1832. *Carta 632, Lettres, t. III, p. 163.*

³⁴ A Justin Dumontet, 10 de junio de 1834. *Carta 744, Lettres, t. III, p. 434.*

³⁵ Al P. Léon Meyer, 10 de enero de 1836. *Fecha equivocada; es la carta 824, de 23 de febrero de 1836, Lettres, t. III, p. 585. Id. al P. Chevaux, 10 de febrero de 1839. Debe tratarse de la carta 1116, de 11 de febrero de 1839, donde hay una alusión a la necesidad de la total abnegación de sí mismo. Lettres, t. IV, p. 451.*

³⁶ Retiro de 1822. *AGMAR 10.5.8.*

³⁷ *Ibidem. AGMAR 10.5.5*

³⁸ Primeras reglas del estado. *EP, v. 1, p. 546.*

³⁹ Retiro de 1822. *Extractos de la conferencia 8ª del Cuaderno Rojo. AGMAR 10.9.1, p. 148ss.*

¡No son distintos de los demás!». Más tarde, cuando creía ver que el espíritu de pobreza se debilitaba, lanzaba el grito de alarma⁴⁰: «Está en la naturaleza de las riquezas corromper el corazón de los hombres. La relajación de la mayor parte de las órdenes religiosas antes de la Revolución vino de las riquezas. Mientras la Compañía siga exactamente sus Constituciones y conserve su espíritu, estará en un estado de fervor, Dios bendecirá sus trabajos y edificará al mundo. Si se aparta de ellas, vendrá el desorden, la relajación y todas sus miserables consecuencias».

Sobre este punto no admitía rodeos. He aquí lo que escribía con motivo de las perturbaciones que acompañaron a la revolución de 1830⁴¹: «Los que hubieran contraído vínculos con la Compañía, o más bien con Dios en la Compañía, con la esperanza e incluso la certidumbre de no carecer de nada, serían poco dignos de Dios y de la Compañía que les ha recibido. Si encuentro esos pusilánimes que, haciendo el voto de pobreza, no se han abandonado enteramente a la divina Providencia, veré lo que hay que hacer; pero no comprendo cómo podrían ser elegidos para los combates del Señor. La Revolución será en las manos del Señor la criba de que se servirá para cribar a los que se dicen sus servidores».

Porque, después de todo⁴², «si el simple fiel debe tener una firme confianza en la Providencia que no le abandona nunca, cuánto más nosotros que hemos dejado todo y hemos abrazado todo lo que la pobreza puede tener de penoso. ¿Nos abandonaría la Providencia? Supongamos incluso que Dios nos pone en una extrema miseria, hasta obligarnos a mendigar nuestro pan, entonces nuestra fe no vacilará, y veremos en ello un favor. Si somos verdaderamente pobres, el Instituto se extenderá y prosperará». De ahí el lenguaje que emplea con la ecónoma general de las Hijas de María⁴³: «A mi paso por Tonneins, la Madre Espíritu Santo me dijo, en dos ocasiones diferentes, que en su caja sólo había cinco o seis francos. Yo le pregunté cuánto tenía cuando les llevé a Tonneins, y si en algún momento les había faltado lo conveniente. Me respondió que a su llegada no tenía nada y que hasta ahora nunca les había faltado nada. Le dije, en dos ocasiones diferentes que temía que su inquietud por el futuro detuviese el curso de la Providencia. Si nosotros andamos con nuestros pequeños cálculos humanos, no haremos gran cosa, ya no seremos aptos para ser empleados en la obra de Dios».

En el noviciado, el aspirante no recibe sólo los principios generales del nuevo estado que piensa abrazar, sino también el espíritu particular que esos principios revisten en la Congregación a la que se destina, lo que el P. Chaminade llamaba «el sello del Instituto». El fundador no insistía menos en este otro aspecto de la formación. Nosotros no nos detendremos aquí porque sus ideas a este respecto nos son ya conocidas⁴⁴. Digamos solamente que sus recomendaciones más frecuentes versaban sobre el espíritu de fe, «ese verdadero espíritu de fe que lleva al perfecto amor de Dios y a la renuncia completa de sí mismo, y que, bien formado en los novicios, penetrará poco a poco en las casas del Instituto»⁴⁵.

Al salir del noviciado la formación religiosa no es perfecta; sólo se han echado las bases, y todavía hay que proseguir la construcción del edificio. El noviciado es la puerta que da acceso a una carrera infinita, por así decirlo, porque su término es la perfección, y detenerse en este primer paso es no conseguir el objetivo. El propio fundador no creía que su tarea hubiese acabado cuando aseguraba a sus hijos un noviciado fructífero. Continuaba rodeándolos de su cuidado en la medida en que el número y la distancia se lo permitían, y se esforzaba en recordar sin cesar a los religiosos, en innumerables cartas de dirección, la santidad a la que su estado les obligaba a aspirar.

Dice a uno⁴⁶: «¡Cómo deseo que usted sea santo! Hagamos sinónimas las expresiones santo e hijo de María». No hay que ser flojos en el servicio de María⁴⁷: «No seamos, querido hijo, religiosos a medias: esos religiosos acaban por no serlo. No pueden esperar el cielo, porque allí no

⁴⁰ A Louis Rothéa, 7 de noviembre de 1837. *Carta 1009, Lettres, t. IV, p.253.*

⁴¹ Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 531.*

⁴² Retiro de 1822. *Cita no textual de la conferencia 11ª del Cuaderno Rojo, AGMAR 10.9.1, p. 162ss.*

⁴³ A la Madre Saint-Vincent, 16 de agosto de 1822. *Carta 209, Lettres, t. I, p. 360.*

⁴⁴ Ver más arriba, capítulo 23.

⁴⁵ 4 de noviembre de 1830. *Cita no textual a la Madre Sint-Vincent; carta 556, Lettres, t. II, p. 533.*

En San Lorenzo, los novicios sabían que le gustaba que le dijeran que durante la jornada habían multiplicado los actos de fe.

⁴⁶ A Louis Rothéa, 25 de enero de 1822. *Carta 188, Lettres, t. I, p. 322.*

⁴⁷ A Clouzot, 21 de septiembre de 1838. *Carta 1078, Lettres, t. IV, p. 380.* - A Chevaux, 20 de noviembre de 1833. *Año equivocado, es de 1837. Carta 1010, Lettres, t. IV, p. 255.*

entran más que justos, y justo es sinónimo de santo». Ningún descanso hasta adquirir la santidad, y ésta no será adquirida nunca aquí abajo: «Que el pensamiento de progresar se os presente desde que os despertáis, y que sea el último de la noche, en el momento de vuestro descanso»⁴⁸.

Traza a sus hijos el camino que lleva a la santidad: un amor de Dios verdadero y generoso. Teme que pongan su fervor «en un ardor sensible» más que en «la práctica del único amor de Dios»⁴⁹. Quiere que desconfíen sin cesar de ellos mismos y de sus debilidades porque «si santa Teresa o san Francisco Javier bajasen a la tierra para servir a Dios de nuevo, se perderían, a pesar de toda su perfección, si no desconfíasen de sí mismos y no tuviesen la firme creencia de que no podrían nada sin la gracia de Dios»⁵⁰. Al mismo tiempo, cuanto menos se apoyen en sus propias fuerzas, más seguros estarán de la ayuda de Dios y de María. Dice él⁵¹: «Siento, querido hijo, que es el momento de que su alma crezca para no echar a perder la obra de Dios con ideas cortas y sentimientos débiles. El verdadero medio para conseguirlo es vaciarse enteramente de sí mismo y entregarse completamente al espíritu del Señor. La protección de la santísima Virgen le será muy útil en ese doble aspecto». Entonces, «cuando nos entreguemos con generosidad al espíritu del Señor»⁵², vendrá la paz, el bien supremo». «Hay que llegar a que el amor de Dios domine toda nuestra alma. Las ocupaciones más numerosas y los mayores trabajos mandados por ese divino amor no turban el alma. El mismo amor se inflama cada vez más»⁵³.

Pero entre sus religiosos, hay dos categorías a las que da cuidados particulares y a los que propone un ideal más elevado, si se puede, que a los demás hijos: son los sacerdotes y los directores. Considera al sacerdote como el elemento esencialmente conservador del espíritu y de las tradiciones en su Compañía. Su formación le preocupa grandemente. Sigue con cuidado a los alumnos del seminario menor de la Madeleine. En los primeros años, temiendo perder por enfermedad a uno de sus sacerdotes más fervientes, desahoga su aflicción en uno de sus hijos más queridos, Dominique Clouzet⁵⁴: «Si perdemos los sacerdotes más jóvenes, ¿sobre quién recaerá la responsabilidad de mantener la tradición de nuestro santo Instituto? No nos engañemos, necesitamos el sacerdocio, y cuando los primeros envejezcan no habrá descanso más que en la seguridad de que Dios nos dé el crecimiento y la conservación de nuevos retoños alrededor de los primeros olivos».

Y ¿qué exige de ellos? Dice él⁵⁵: «Consideraría a la Compañía perdida si los que son elevados al sacerdocio o los sacerdotes que entran en ella no fuesen realmente religiosos. Deseo que los sacerdotes se multipliquen en la Compañía, pero deseo todavía más que sean pocos si no van a ser los modelos de los religiosos laicos». Les recomienda insistentemente el estudio de la teología, la sagrada Escritura, la historia eclesiástica y otras ciencias sagradas. Los quiere sobre todo competentes en las vías de la perfección religiosa⁵⁶: «Para conducir a los otros es preciso haber recorrido un camino, y sobre todo un camino en el que se encuentran tan pocos viajeros a los que se pueda preguntar, y de los que se pueda tomar informaciones». Les repite las palabras de san Bernardo al papa Eugenio III, su discípulo: «*Concha esto, et non canalis*; el estanque da de su abundancia, el canal da todo lo que recibe y permanece siempre seco»⁵⁷.

Los directores son los mandos, el estado mayor: las tropas valen lo que valen los capitanes. Dice el P. Chaminade⁵⁸: «He observado un poco por todas partes que los inferiores estaban ordinariamente a la altura de sus superiores en la virtud y en la regularidad. Es lo que sucede poco

⁴⁸ La Madre de Trenquelléon repite estas palabras del P. Chaminade a la Madre Dosithée, el 16 de marzo de 1821. *ABT*, v. II, carta 430.2, p. 203.

⁴⁹ Al P. Chevaux, 23 de febrero de 1837. *Fecha equivocada, es la carta 936 de 13 de febrero de 1837, Lettres*, t. IV, p. 107.

⁵⁰ Conferencia a las Hijas de María. *EP*, v. 5, p. 332.

⁵¹ Al P. Léon Meyer, 17 de mayo de 1837. *Carta 966, Lettres*, t. IV, p. 180.

⁵² A Marie-Thérèse de Lamourous, 8 de diciembre de 1798. *Cita no textual, cfr. Carta 11, Lettres*, t. I, p. 19.

⁵³ A Clouzet, 7 de enero de 1839. *Fecha equivocada, es la carta 1108, de 2 de enero de 1839, Lettres*, t. IV, p. 440.

⁵⁴ A Clouzet, 8 de mayo de 1825. *Año equivocado, es la carta 396, de 8 de mayo de 1826, Lettres*, t. II, p. 199. Habla del Padre Rothéa entonces gravemente enfermo.

⁵⁵ Al P. Chevaux, 11 de agosto de 1833. *Extractos de la carta 698, Lettres*, t. III, p. 316.

⁵⁶ Al P. Chevaux, 11 de noviembre de 1836. *Carta inexistente; no ha sido posible identificarla.*

⁵⁷ Al P. Léon Meyer, 4 de noviembre de 1836. *Carta 895, Lettres*, t. IV, p. 50.

⁵⁸ Al P. Lalanne, 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres*, t. III, p. 228.

más o menos entre los maestros y sus alumnos. Todo depende del jefe». Por eso, son tan importantes sus cualidades morales e intelectuales⁵⁹: «Un mal jefe no sabe ni prever ni juzgar las cosas, aunque tenga mucho mundo; al contrario, un buen jefe, aunque tenga poco mundo, sabe resolver convenientemente los asuntos. Hay un proverbio que dice que un buen caballero haría andar a un caballo de madera».

Por encima de todo, quiere un gobierno paternal, según esta máxima de Massillon: «La autoridad en la familia no debe ser un yugo más que para quienes están revestidos de ella, no para aquellos de quienes es el apoyo». Recomienda el P. Chaminade⁶⁰: «En general, hay que utilizar sólo excepcionalmente la vía del mandamiento en los asuntos que se pueden resolver por acuerdo». «Se puede decir en general que el mejor superior es el que menos hace sentir su superioridad. ¿Es fácil reconocer la piedra angular? Es necesario que un superior sostenga todas las partes de una casa sin que ninguna se venga abajo, pero por una influencia tan suave y al mismo tiempo tan activa que apenas se note que hace algo por imposición de su puesto». «La firmeza, es verdad, es necesaria al mandamiento, pero siempre templada por la dulzura, la paciencia y la caridad: ésa es la firmeza inspirada en la sagrada Escritura»⁶¹.

Con este gobierno verdaderamente paternal, del que él mismo daba ejemplo a sus hijos, no teme permitir, incluso recomendar a los superiores sacerdotes que oigan en confesión a aquellos de sus inferiores que se dirijan libre y espontáneamente a ellos⁶²: «La confesión es uno de los grandes medios que el Señor le ha dado para trabajar en la salvación de las almas. Yo he sido siempre de la opinión de que los superiores confiesen mucho a todo el mundo, cuando puedan. Esta unidad de dirección de las conciencias contribuye mucho al empleo de otros medios. Yo hablo aquí sólo de lo que la experiencia y la razón me han enseñado».

Según él, un director debe interesarse activamente por cada uno de sus súbditos. Escribe a la Madre de Trenquelléon⁶³: «¿Piensa en que una superiora debe ser toda para cada una, pero para ganarlas a todas para Jesucristo?». Dice a otra superiora de las Hijas de María⁶⁴: «Sea la buena y cariñosa madre de todas sus hijas; vele continuamente no sólo por su salvación y su progreso en la virtud sino también por su salud». Escribe al P. Lalanne⁶⁵: «Un superior no debe trabajar sólo por sus inferiores en común, sino también individualmente en particular, según sus necesidades». A otro director repetía⁶⁶: «Escuche con bondad a todos sus cohermanos, no se cansé de recibir todas las confidencias que quieran hacerle; que no se retiren nunca de usted sin recibir consuelo».

Para cumplir tan grandes deberes, es indispensable una gran sabiduría, pero una sabiduría completamente sobrenatural⁶⁷: «Es una gran desgracia cuando los jefes hacen más caso de los juicios de la prudencia natural y humana que de las decisiones de una prudencia sobrenatural y divina. No olvidemos nunca estas hermosas palabras: El justo vive de la fe». Escribe todavía⁶⁸: «Quiero que usted sea prudente: la prudencia es la primera cualidad de un jefe... Pero quiero que su prudencia emplee, para dirigir, la antorcha de la fe, al mismo tiempo que se sirve de las luces de la razón. Las miras humanas, dice el Espíritu Santo, son tímidas e inciertas». Recomienda a los directores lo que él mismo practica tan admirablemente, el perfecto dominio de sí mismo y el recurso continuo a la oración⁶⁹: «Nunca cumplirá mejor todos sus deberes que cuando rece mejor y haga sus ejercicios de piedad con más recogimiento y fe. Pero ¿dónde encontraré tiempo?, me dirá usted. Hay que tratar de encontrarlo, querido hijo, y seguro que lo encuentra, si lo busca con determinación y prudencia. Si usted se controla bien y se conduce con espíritu de fe, sostengo que

⁵⁹ A Louis Rothéa, 3 de diciembre de 1830. *Carta 564, Lettres, t. II, pp. 556-557.*

⁶⁰ Al P. Caillet, 29 de junio de 1824. *Extractos de la carta 301, Lettres, t. I, pp. 593-594.*

⁶¹ Al P. Chevaux, 19 de enero de 1833, *Carta 660, Lettres, t. III, p. 222* y a la Madre Encarnación, 22 de agosto de 1824 *Carta 311, Lettres, t. I, p. 616.*

⁶² Al P. Chevaux, 25 de febrero de 1834. *Carta 727, Lettres, t. III, p. 388.*

⁶³ 6 de febrero de 1819. *Carta 117, Lettres, t. I, p. 204.*

⁶⁴ A la Madre Encarnación, 22 de agosto de 1824. *Carta 311, Lettres, t. I, p. 615.*

⁶⁵ 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 228.*

⁶⁶ A Clouzet, 9 de septiembre de 1823. *Carta 250, Lettres, t. I, p. 454.*

⁶⁷ A la Madre de Trenquelléon, 18 de febrero de 1820. *Carta 134, Lettres, t. I, p.237. Id., 30 de diciembre de 1816. Carta 81, Lettres, t. I, p. 139: la idea es la misma, pero la formulación difiere.*

⁶⁸ A Clouzet, 26 de agosto de 1824. *Carta 312, Lettres, t. I, p. 617.*

⁶⁹ A Clouzet, 28 de enero de 1828. *Carta 447, Lettres, t. II, p.306.*

tendrá tiempo, aunque sea porque resolverá con más prontitud los asuntos, y los resolverá con mejor resultado». Se percibe fácilmente que habla por experiencia.

Al rodear de tantos cuidados la formación de sus religiosos en los deberes de sus estado, el P. Chaminade tenía sin duda como primer objetivo su santificación personal, pero no se preocupaba menos del acierto en sus obras. Solía decir⁷⁰: «Con santos llegaremos a todo; con religiosos ordinarios o imperfectos no haremos casi nada». Vamos a juzgar, por los resultados obtenidos, la excelente formación que daba. Efectivamente, es el momento de que retomemos la continuación de este relato y recorramos los primeros trabajos realizados bajo la mirada y la dirección de su fundador.

Capítulo 27: Las primeras obras del Instituto: las casas de educación (1818 - 1823)

Después de describir los principios de la Compañía de María, el P. Lalanne sigue su relato en los términos siguientes⁷¹: «Se preguntaban en el mundo lo que iban a hacer estos jóvenes. Nadie lo sabía. Ni ellos mismos lo sabían de una manera firme: estaban a disposición de la Providencia», dispuestos a volar a todas partes donde les llamase la voz de su Director. Éste lo ignoraba como ellos: no sabía con seguridad más que el fin de su Instituto, la propagación de la fe cristiana. En cuanto a los medios, serían los que la Providencia señalase por la voz de las circunstancias. El fundador había escrito el siguiente artículo en las reglas del *estado*: «Ninguna obra que entre en el fin del Instituto debe parecer extraña». Así pues, estaba dispuesto a abrazar todas las que se presentasen marcadas con el sello de la voluntad de Dios.

Una de ellas era indicada por anticipado, la Congregación, de las que las dos órdenes religiosas eran en cierta manera el complemento y el perfecto desarrollo. También a las Hijas de María el fundador la había asignado como primera tarea. Pronto, a instancias de monseñor Jacoupy, les había permitido abrir clases gratuitas para las chicas del pueblo. A las clases gratuitas se añadieron un taller de costura, una asociación de pobres mendigas y finalmente retiros para las señoras. También autorizó, casi desde el principio, cursos a las jóvenes de buena familia. Escribía el P. Chaminade⁷²: «Si hay jóvenes a las que no pueden ustedes llegar por la Congregación, traten de llegar a ellas proponiéndoles completar su educación, como externas, con cursos de gramática, de lengua francesa, lengua italiana, etc.; las atraerán mejor que con devociones». Así, en los primeros días del Instituto, la educación en sus diversos grados se situaba ya entre los medios capaces de conseguir el fin de la Orden. No era una sorpresa, porque la enumeración de las buenas obras que podían abrazar los miembros del *estado* preveía ya «la educación de los hijos de los pobres y de los ricos».

Al final de esa misma enumeración, el P. Chaminade había escrito estas lacónicas palabras: «Peligros de los internos». Sin duda se había hecho esta pregunta: los internados ¿podían ser admitidos entre las obras a proponer a sus religiosos? Si dudaba, era por temor a que las ocupaciones absorbentes de los internados perjudicases a las otras obras de celo, especialmente a las congregaciones. En el primer esquema presentado a Adela de Trenquelléon del fin de la fundación próxima, había descartado explícitamente ocuparse en internados⁷³, y hasta 1820 no permitió a las Hijas de María abrir uno. Más formalmente todavía se opuso a la aceptación de obras que les hubiesen desviado de su fin particularizándolo: no consintió comprometerse en el servicio exclusivo de las huérfanas ni en el de las chicas arrepentidas. Con ocasión de una propuesta de este tipo, acentuaba fuertemente su idea en una de sus cartas a la Madre de Trenquelléon⁷⁴: «No se trata en el Instituto de reformar a una o a algunas pecadoras públicas, sino de atraer y reformar el mundo que se pierde casi en su totalidad».

⁷⁰ A la Madre de Trenquelléon, 10 de junio de 1818. *Carta 98, Lettres, t. I, p. 174.*

⁷¹ *Not. historique*, p. 10. *La Gerbe-3, p. 19.*

⁷² A la Madre de Trenquelléon, 10 de octubre de 1816. *Mes equivocado, es la carta 76 de 10 de noviembre de 1816, Lettres, t. I, p. 132.*

⁷³ Ver más arriba, capítulo 20.

⁷⁴ 15 de octubre de 1817. *Carta 93, Lettres, t. I. P. 163.*

Frente a la pequeña Compañía, la actitud del P. Chaminade fue la misma. Primero no le propuso más objetivo que la Congregación, dejando al tiempo y a las circunstancias, o más bien a Dios, el cuidado de determinar los demás campos a los que sus obreros serían llamados a trabajar. Durante el año de probación, en el callejón Ségur, cada uno conservó sus ocupaciones anteriores, pero aportó una colaboración muy activa a la Congregación, siguió formando parte de sus consejos⁷⁵, contribuyendo al éxito de sus reuniones, participando en sus obras de celo, especialmente en la de los pequeños deshollinadores, confiada a uno de los miembros de la pequeña Compañía, Jean-Baptiste Collineau.

Cuando su proyecto de darse a Dios, madurado en la oración, pareció irrevocable, preguntaron a su padre qué iban a hacer de su tiempo y de sus talentos el día en que estuvieran totalmente desprendidos de sus ocupaciones en el mundo. Las opiniones estaban divididas. La mayor parte habían quedado vivamente impresionados de las conferencias sobre la educación que monseñor Frayssinous había dado el año anterior en la catedral, y escuchaban todavía la calurosa llamada que el prelado dirigió a sus oyentes en favor de esta causa, entonces la más urgente de todas. Habían surgido misioneros de todas partes para evangelizar la generación presente⁷⁶, pero la fecundidad de su labor no podía compararse a la eficacia de los cuidados consagrados a las nuevas generaciones, sometidas desde la edad más tierna a la influencia bienhechora de la fe. Monseñor Frayssinous coincidía con la opinión de un párroco de Lot-et-Garonne que escribía mucho más tarde al P. Chaminade⁷⁷: «La única esperanza que tengo de salvar a mi rebaño es la buena educación dada en la infancia. La generación que pasa repugna por los vicios, la ignorancia y la incredulidad, es un verdadero cadáver que yace en su tumba. Por ese lado, no hay nada que esperar más que milagros de la misericordia de Dios».

La pequeña comunidad del callejón Ségur pensaba lo mismo. Como veía a dos de sus miembros, Auguste Perrière y Jean-Baptiste Lalanne, con una cierta experiencia en el arte de educar a los niños, el proyecto de fundar una casa de educación en Burdeos se presentó naturalmente a su pensamiento. David Monier apoyó la idea y propuso abrir un internado de enseñanza secundaria cuyo titular sería Auguste Perrière. Además de los jesuitas, que llevaban el Seminario menor y no admitían a externos, en Burdeos había pocos centros de educación cristianos, y uno solo de entre ellos, el de Estebenet, ofrecía garantías serias. Por tanto, una casa de este tipo dirigida por religiosos no sería superflua para facilitar a la burguesía la educación cristiana de sus hijos.

No se trataba de entrar en lucha con la universidad. Eso era imposible: la tiranía del monopolio seguía pesando sobre Francia y la Restauración no se había atrevido ni había querido quebrar el instrumento que le había legado el Imperio. A las «instituciones particulares» y a los «internados» sólo les quedaba, al precio de unos cánones muy onerosos, una enseñanza mutilada, pero suplían en cierta manera la insuficiencia de la universidad en materia de educación. Desde ese punto de vista, los esfuerzos de la universidad por satisfacer a las exigencias de su pesada carga habían sido estériles, y bajo la Restauración no fue mejor que bajo el Imperio. Se contentó con introducir algunos cambios de forma: reemplazó el tambor por la campana, el tricornio por el sombrero de copa, el nombre de liceo imperial por el de colegio real, pero el espíritu de la institución no se modificó. Los intentos discretos que tuvieron por objeto mejorar el personal, no tuvieron éxito, y varios años después, cuando monseñor Frayssinous aceptó el título de gran maestro de la universidad, La Mennais podía decirle, con exageración sin duda pero con un cierto fondo de verdad⁷⁸: «Bajo la protección de un nombre venerado, los niños son educados en el ateísmo práctico y en el odio al cristianismo; a la universidad se le pedirá una cuenta terrible de estas almas jóvenes que Dios llamaba en vano».

El P. Chaminade sabía todo esto, y pensaba que una casa de educación sería muy útil en Burdeos, estimando además que una competencia leal con la universidad tendría como efecto mejorar la educación en los propios colegios reales. Una sola consideración le impidió dar

⁷⁵ Jean-Baptiste Collineau fue el prefecto del año 1818, el primero de la vida común de la pequeña Compañía.

⁷⁶ Los Misioneros de Francia, los Oblatos de María, y numerosas asociaciones de misioneros diocesanos.

⁷⁷ Carta del párroco de Mézin, cerca de Nérac, el 5 de enero de 1837. *Es una carta de 25 de enero de 1837, no del 5. AGMAR 27.3.378.*

⁷⁸ Carta al obispo de Hermopolis en el *Drapeau blanc*, citada por Rambaud, *Histoire de la civilisation contemporaine*, p. 368.

inmediatamente su adhesión al proyecto: era el temor a que la apertura de un internado perjudicase al fin general que se proponía. Entonces esperó a que la Providencia le diese más claramente su voluntad.

Creó reconocer su llamada en el ofrecimiento de dos congregantes, Changeur y Bardinnet, que ponían a su disposición «capitales bastante considerables para financiar los gastos de un primer establecimiento»⁷⁹. Pensó enseguida en la ejecución del proyecto, como lo muestra la nota siguiente, dirigida el 1 de agosto de 1818 a Changeur^a: «Auguste Brougnon ha visitado el hotel Lognac. Por el informe que me ha hecho, me parece que este hotel es adecuado para la obra sobre la que estamos tratando. Vea usted mismo, querido hijo, si es la casa que la Providencia destina a la Compañía de María. Apresúrese a alojar a los hijos de María, que son también sus hijos, y que será infaliblemente su corona en el cielo».

No pudo comprarse el hotel Lognac y se entró en negociaciones para la compra del hotel del general Dufour, situado en la calle Mirail, cuando se supo había otra persona dispuesta a comprar, y que era Jean-Baptiste Estebenet. Se desistió enseguida para no entrar en colisión con un amigo tan fiel. En reciprocidad en las buenas maneras, Estebenet indicó a la pequeña Compañía una casa disponible, contigua a la suya, en la calle des Menuts. Incluso animó a sus amigos a adquirir, con la casa que les indicaba, el solar en el que sus alumnos tenían actualmente sus recreos, que él ya no necesitaría al transferirse su institución al hotel Dufour.

Se encomendó a san José la misión de llevar el asunto a buen fin y en su honor se añadió el ayuno del miércoles al del viernes. El contrato de compra fue firmado el 14 de noviembre de 1818. Pocos días después los religiosos se trasladaron del callejón Ségur a la calle des Menuts⁸⁰, y no tardó en juntarse a ellos David Monier. Auguste Perrière, con un certificado de idoneidad expedido por Estebenet, pidió al rector Desèze⁸¹ la autorización para abrir un establecimiento de enseñanza secundaria en las condiciones previstas por los reglamentos universitarios. El rector tardó seis meses en decidirse. Durante este tiempo siguió la formación de los religiosos, y nuevos elementos vinieron a aumentar el pequeño núcleo. Pero el deseo de entregarse aumentaba en proporción a los obstáculos. Escribía el P. Chaminade⁸²: «Aquí necesitamos una gran paciencia y constancia. Gracias a Dios, estamos rodeados de la protección de lo alto. Todo se purifica, todo se consolida en los trabajos, en las contradicciones y en los contratiempos. Sigamos rezando».

Por fin, la autorización solicitada llegó el 11 de mayo de 1819. Aunque al año escolar estaba a punto de finalizar, se decidió admitir a algunos niños para preparar el principio de curso siguiente. El 15 de junio, el P. Goudelin celebró la misa del Espíritu Santo «entre dos angelitos»⁸³ de larga cabellera, y se acabó el año escolar con quince alumnos.

Un enojoso contratiempo estuvo a punto de frenar la obra en su principio. El hotel Dufour acababa de escapársele a Estebenet, que se encontraba así en la alternativa de procurarse un local nuevo para su internado o de vivir junto al internado de sus amigos, sin otro patio de recreo que el suyo, con los inconvenientes de una competencia inevitable. Se comprendió por ambas partes la imposibilidad de una situación semejante y, de común acuerdo, se decidió fusionar los dos internados. Estebenet, que era de carácter muy dubitativo, vacilaba entre diversas alternativas: retirarse de la educación, quedarse con sus amigos o abrir en otro sitio un nuevo establecimiento. De ahí que surgieran dificultades cuando se trató de determinar las condiciones de la fusión. El P. Chaminade, para dejar a su discípulo más libertad en sus propuestas, encargó a Marie-Thérèse de Lamourous que le representase en las negociaciones. Estebenet acordó con Marie-Thérèse de Lamourous en una renta vitalicia de mil francos que le pasaría la pequeña Compañía. El acuerdo estaba a punto de cerrarse cuando elevó a mil quinientos francos la cifra de sus pretensiones. Aunque esta exigencia era onerosa para la pequeña Compañía y no respondía al valor de la cesión que se le hacía y aunque Estebenet era relativamente joven y no se comprometía a no abrir su propio establecimiento en un nuevo local⁸⁴, el P. Chaminade cedió a instancias del vicario Barrès, e hizo

⁷⁹ *Dictionnaire des Ordres religieux*, IV, col. 746.

^a *La fecha exacta de esta nota es el 4 de agosto de 1818. Carta 101, Lettres, t. I, pp. 178-179.*

⁸⁰ Al nº 46, hoy nº 53 de la calle des Menuts.

⁸¹ Paul-Victor Desèze, hermano del célebre defensor de Luis XVI.

⁸² A la Madre de Trenquelléon, 29 de marzo de 1819. *Carta 118, Lettres, t. I, p. 205*

⁸³ Lalanne, *Not. historique*, p. 13. *La Gerbe-3, p. 21.*

⁸⁴ Efectivamente, algunos años más tarde, Jean-Baptiste Estebenet abrió a su cuenta un nueva institución en la calle Labirat.

que Auguste Perrière firmase el acuerdo el 29 de octubre de 1819⁸⁵. Este contrato contribuiría más tarde a suscitar graves dificultades a la Compañía de María. Por el momento tenía la ventaja de poner en manos de la Compañía el colegio privado más antiguo y de mejor reputación de la ciudad. Estebenet quedó provisionalmente en la casa, pero la institución tomó el nombre de Auguste Brougnon-Perrière y fue efectivamente dirigida por él, con sus colegas de la pequeña Compañía como profesores y vigilantes.

El P. Chaminade ayudó a sus hijos con la experiencia de sus años de Mussidan. Siguiendo su consejo, se puso muy difícil admitir al principio alumnos para las clases superiores. Prefería que formar a su gusto en el espíritu de la casa educando poco a poco a los mismos niños desde las clases de más abajo⁸⁶. Pensaba igualmente que había inconveniente en multiplicar el número de maestros y vigilantes más allá de las necesidades rigurosas, porque la multiplicidad de educadores entorpece la educación más que servirla. Decía⁸⁷: «Desde mi primera juventud tengo como principio que cuanto menos gente se emplee, mejor van las cosas. Lo he experimentado hasta la Revolución».

Insistía en la estrecha unión que debía reinar entre todos los colaboradores de una misma obra e interesaba a todos los religiosos en el éxito del conjunto pidiéndoles notas escritas sobre la marcha general del establecimiento así como sobre sus funciones particulares. Recomendaba una vigilancia paternal y una extrema prudencia en el empleo de los medios de represión⁸⁸. Decía que a ningún precio se debe dejar que entre el descontento en la casa, porque es una «enfermedad epidémica», de la que resulta muy difícil desprenderse⁸⁹. Quería sobre todo que se formase el alma de los niños en las virtudes fundamentales del cristianismo y que se les diese con cuidado la instrucción religiosa. Decía⁹⁰: «Que haya una disciplina vigorosa, pero llena de unción, y sobre todo que los jóvenes lleguen a ser casi necesariamente virtuosos y cristianos, y que su virtud y su fe tengan como base una instrucción sólida de la religión». Así surgirán apóstoles también entre estos niños: «Encontraréis entre ellos quienes tengan celo, del que podréis servirlos con respecto a los demás, como pequeños misioneros. He visto en otro tiempo que así se obtenían grandes resultados»⁹¹.

Ayudados por estos consejos, sostenidos por el impulso de su juventud, por su talento y su propia experiencia, Auguste Perrière y Jean-Baptiste Lalanne, ambos educadores de instinto, se esforzaron en introducir en el colegio el espíritu y las costumbres que habían admirado en la casa tan cristiana de Liautard, en París. Pusieron también de lo suyo. Junto a la enseñanza clásica, crearon una enseñanza comercial cuya utilidad era evidente en una ciudad como Burdeos. Imprimieron a la casa un aspecto cuya fisonomía ha descrito el propio P. Lalanne⁹²: «El colegio parecía abrir nuevas vías en educación. No valía la pena formar una nueva corporación, si no se esforzaba en hacer de otro modo y mejor que los demás. Además de lo que se ha llamado el espíritu de familia, que excluye tanto la pedantería como el mercantilismo y que debería llamarse espíritu evangélico, puesto que resulta naturalmente de la práctica de una dedicación religiosa sincera e instruida, varias mejoras, que se adoptaron enseguida en otras casas de educación, se producían allí o se volvían a producir por una audaz y feliz iniciativa. Era, entre otras cosas, la academia y los premios de los cuadros de honor.

«La academia honraba y acreditaba la buena conducta, el buen espíritu, unidos al talento, mientras que sus ejercicios ofrecían un intermediario indispensable entre la monotonía y la fría gravedad de los trabajos clásicos de la universidad, y el oropel y la frivolidad de las

⁸⁵ Cuando más tarde entró en la Compañía de Jesús, el propio Estebenet rebajó la renta a la cifra primera de 1.000 francos (1837).

⁸⁶ Ese fue siempre su sistema. El 7 de marzo de 1838 escribía a uno de sus hijos, el P. Chevaux: «No admita al principio más que a niños de diez a once años, y después de examen». *Carta 1032, Lettres, t. IV, p. 290*.

⁸⁷ Al P. Lalanne, 22 de septiembre de 1831. *Carta 600, Lettres, t. III, pp. 64-65*.

⁸⁸ «Un día, los religiosos reunidos preguntaron al Buen Padre si había que persistir en dar a un alumno un castigo que no quería hacer. El Buen Padre respondió vivamente: «Es como preguntarme si un médico puede ordenar una medicina cuando sabe que esa medicina va a aumentar la fiebre del enfermo» (Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329, p. 3*).

⁸⁹ *Passim* y carta del 13 de mayo de 1834 al P. Chevaux. *Carta 739, Lettres, t. III, p. 422*.

⁹⁰ Al P. Lalanne, 3 de marzo de 1830. *Carta 505, Lettres, t. II, p. 438*.

⁹¹ Palabras dirigidas al P. Chevaux, 7 de febrero de 1834. *Carta 725, Lettres, t. III, p. 380*.

⁹² *Not. historique*, p. 25 y 26. *La Gerbe-3, pp. 30-31*.

representaciones teatrales de la educación mundana, tan desdichadamente adoptadas con su disipación y su inanidad por algunas casas eclesiásticas. En cuanto a los premios de inscripción en el cuadro de honor, cambiaban, en provecho de la educación, la base de la emulación. La práctica seguida casi en general era la de recompensar el éxito del trabajo más que el trabajo mismo. De ello resultaba que en el colegio, como en el mundo, la maldad y el vicio podían contar con la gloria, si, por un accidente o un favor de la naturaleza, esos vicios se encontraban aliados con la inteligencia. Se preservó a la infancia, que se educaba bajo los auspicios de María, de este escándalo prematuro, uniendo a la conducta moral una recompensa y un honor accesibles a todos, incluso las recompensas más envidiadas. Los hombres juiciosos se dieron cuenta primero del carácter especial de esta educación y de su superioridad; las familias fueron convencidas por la experiencia. El colegio conquistó pronto la confianza y la fama, a pesar de las prevenciones, que entonces eran muy vivas y estaban muy extendidas, contra las obras del clero».

Efectivamente, contó pronto con cien a ciento veinte alumnos, cifra considerable para un establecimiento de este tipo, sometido en todo a la universidad, privado de la retórica y de las clases superiores, y obligado a llevar a todos sus alumno como externos al colegio real.

Monseñor d'Aviau manifestaba su más viva simpatía al colegio, y hasta su muerte presidió cada año el reparto de premios. Las sesiones académicas, combinadas con las sesiones de la Congregación, eran verdaderas fiestas literarias a las que asistía el P. Chaminade, rodeado de las personalidades de la ciudad, y de ellas informaban los periódicos de la época⁹³. La atenta vigilancia de que eran objeto los niños y los buenos modales de maestros y alumnos contribuían a esta reputación, hasta el punto que en 1824 la casa de la calle des Menuts resultaba estrecha e incómoda. Entonces el P. Chaminade compró, sin dudar, un hermoso inmueble de la calle du Mirail, el hotel Razac, santificado durante la Revolución por la estancia de las Carmelitas del Gran Convento Saint-Joseph⁹⁴ y por un oratorio casi permanente a cargo del P. Gassiot.

En ese mismo año de 1824, el internado hizo el reparto de premios en el patio del hotel, pero no se instalaron allí hasta Pascua del año siguiente. En esta fecha tomó el nombre de Institution Sainte-Marie [*colegio Santa María*], que se conservó siempre y que se ha convertido en el nombre característico de los establecimientos de la Compañía de María, en todas partes donde razones particulares no imponen otro. El centro agrandado intentó inútilmente obtener de la universidad la autorización para tener las clases de retórica y filosofía. El rector de Burdeos se opuso constantemente, por temor a que eso perjudicase al colegio real.

En cuanto la Compañía de María abrió su primer internado, las Hijas de María la siguieron por ese camino. Al final del año 1820, el P. Chaminade autorizó a la reciente fundación de Tonneins a adoptar esta obra al lado de la Congregación y de las clases gratuitas^b. Incluso en esta época tuvo la idea de llamar a Burdeos a las Hijas de María para tomar la sucesión de un internado que gozaba de cierta reputación, el de las señoritas Gramagnac. Pero, al saber que los jesuitas estaban haciendo gestiones para traer a Burdeos a las damas del Sagrado Corazón, abandonó su proyecto. Dice a David Monier: «Después de haberme recogido para ver lo que había que hacer en esta circunstancia, he creído que, en lugar de luchar, era mejor ceder a los jesuitas y al Sagrado Corazón las internas, las maestras y todo lo que les pertenezca, y no retener más que la casa para trasladar allí el noviciado de María». Es lo que efectivamente tuvo lugar cierto tiempo después.

La fundación proyectada en Burdeos tuvo lugar en Condom, gracias a la entrada en religión de una prima de la fundadora, Charlotte de Lachapelle. Religiosa de corazón desde hacía tiempo, pero retenida en el mundo por su familia, la señorita Lachapelle ya se hacía llamar por su prima Sor Encarnación y por fin puso desatarse de los lazos que le encadenaban. Le había escrito el P. Chaminade⁹⁵ «Tome, querida hija, esa actitud de valor y firmeza que sabe tomar el esclavo que quiere romper sus cadenas. Hace tiempo que usted se lamenta. Sus padres le dieron su consentimiento según unas condiciones que se están cumpliendo hace mucho». Sus padres se resignaron cuando ella se escapó de la casa paterna y, para tenerla cerca de ellos, compraron en

⁹³ Especialmente el *Mémorial bordelais* y la *Ruche d'Aquitaine*.

⁹⁴ H. Lelièvre, *Les Religieuses de Notre-Dame*, p. 118.

^b Pero la fundación del internado de Tonneins fue después del de Condom, que fue el primer internado. Cfr. Henri Rousseau, "Adèle de Trenquelléon, fondatrice de l'Institut des Filles de Marie Immaculée et son oeuvre (1789-18279)", *Librairie Gabriel Beauchesne, Paris 1920*, p. 487.

⁹⁵ 6 de julio de 1821. *Extractos de la carta 164, Lettres, t. I, p. 284*.

Condom un antiguo convento, lugar de peregrinación a la Virgen de los dolores, llamado por ese motivo con el nombre de *Piedad*. El P. Chaminade aceptó abrir en esta casa un internado que llegó a ser floreciente y que confió efectivamente a la Madre Encarnación⁹⁶.

En las Hijas de María, la educación de la infancia había entrado por la puerta de las escuelas gratuitas, y siguieron los internados. En la Compañía de María fue a la inversa: se empezó con un internado y se continuó con clases populares.

Al principio, nadie pensaba en una obra de este tipo⁹⁷. El verano del año 1820, el P. Chaminade se trasladó a Agen para el retiro anual de las Hijas de María, y aprovechó su estancia en esta ciudad para restablecer, con la ayuda de David Monier, la Congregación de hombres, suprimida casi en su principio en 1816. El proyecto tuvo pleno éxito. Dos de los más entusiastas congregantes, el consejero de prefectura Lacoste y el maestro Dardy, no contentos con el resultado obtenido, urgieron vivamente al P. Chaminade a introducir en Agen la Compañía de María. Ella dirigiría la Congregación, mantendría su fervor y además podría ocuparse de los niños del pueblo, cuya educación religiosa y moral estaba casi abandonada. En vano monseñor Jacoupy se había esforzado en introducir a los Hermanos de las Escuelas cristianas en la ciudad, en vano también había conseguido el antiguo convento del Rosario para alojarlos (1818). Los liberales, que ya habían suprimido la Congregación, habían impedido que los Hermanos se presentasen: su hábito servía de pretexto para esta oposición. Pero Lacoste y Dardy opinaban que estos *señores* de Burdeos, que no tenían en su exterior nada de austero, podrían quizá conseguir lo que no habían podido conseguir los Hermanos. Monseñor Jacoupy y su clero eran de esta opinión. El prefecto consultado se mostró favorable. David Monier, ganado de antemano para toda propuesta generosa, se encargó de decidir al P. Chaminade. Aquí estaba la dificultad.

La pequeña Compañía era muy débil y muy reciente. No tenía todavía noviciado regularmente constituido. ¿Era prudente dispersarla de su cuna? La obra propuesta, por muy interesante que fuese, suscitaba objeciones. El P. Chaminade no lo había pensado. ¿No amenazaba también con particularizar el fin de la fundación, sobre todo cuando requería una sola categoría de religiosos, los laicos, que así vivirían separados de los sacerdotes? Además, había otros institutos religiosos especialmente dedicados a ese fin, cuya vuelta a Burdeos había preparado el P. Chaminade. Por otra parte, el P. Chaminade consideraba que la ciudad de Agen era ya la residencia de la Hijas de María, la sede de una Congregación floreciente, que incluso tenía sacerdotes que, sin pertenecer rigurosamente a la Compañía de María, estaban unidos a ella por lazos muy estrechos, como era el caso de los PP. Mouran y Laumont. En estas condiciones, la fundación que se le pedía tenía menos inconvenientes y presentaba ventajas innegables. Después de reflexionar y orar, quedó persuadido de que la voluntad de Dios pedía su consentimiento. Lo dio y prometió hermanos para el principio de curso en octubre. A su vuelta a Burdeos, anunció la noticia a la comunidad de la calle des Menuets.

Una mezcla de sorpresa y alegría acogió esta comunicación. De sorpresa, porque se veían muy débiles - no eran más de quince - y también porque nadie había previsto este tipo de educación ni estaba directamente preparado para ello. De alegría, con el pensamiento de un primer enjambre que, dejando la colmena, iba a llevar a una región nueva el esfuerzo de su actividad para la mayor gloria de Dios y el honor de la Virgen Inmaculada.

Tres religiosos, Laugeay, director, Mémain y Armenaud fueron nombrados para la escuela gratuita de Agen; un cuarto, Gaussens, se les juntó pronto. Salieron a pie a mediados de noviembre de 1820, como verdaderos pobres de Jesucristo. Escuchemos a Bernard Laugeay desahogar sus sentimientos y sus impresiones en la primera carta que escribió a su Buen Padre desde su llegada a Agen⁹⁸: «Tuvimos la dicha de consagrarnos a nuestra divina Madre el pasado martes, y de comulgar en el mismo lugar en que ella acoge tan bien (en Nuestra Señora de Verdélais). Por una feliz disposición de la Providencia, ese día resultaba ser el de la Presentación; le pedimos que nos presentase a su divino Hijo para que abrasase nuestros corazones con el celo de su gloria y que dispusiese de nosotros según su beneplácito. Nuestro viaje fue sin ningún accidente, sólo nuestras piernas se rebelaban un poco hacia la noche; las hacíamos callar reposándolas, y al día siguiente nos

⁹⁶ El internado de Condom fue abierto por el P. Chaminade y la Madre de Trenquelléon, en julio de 1824, al mismo tiempo que el noviciado de las Hijas de María en Burdeos.

⁹⁷ Lalanne, *Notice historique*, p. 10. *La Gerbe-3*, p. 19.

⁹⁸ 29 de noviembre de 1820. *Mes equivocado, es del 29 de septiembre de 1820. AGMAR 26.3.270.*

poníamos de nuevo en marcha. ¡Qué dulce es sufrir por el buen Dios! Llegamos el jueves hacia las seis de la tarde al Refugio. Todo estaba dispuesto desde la víspera para recibirnos. Se nos hizo una gran acogida. El señor Dardy fue amabilísimo con nosotros: quiero mencionar todas sus atenciones, todo el cuidado que puso para que no nos faltase de nada. La señora Dardy tuvo para con nosotros los detalles de una madre; nos trató como a sus hijos.

«En todas partes quedamos edificados; en nuestro viaje, en las iglesias en que nos hemos parado para saludar a Dios; en Tonneins, por la modestia de nuestras Hermanas, lo mismo en Agen, así como por el celo de los jóvenes eclesiásticos y la piedad de los fieles. Los congregantes se reúnen todos los domingos en la capilla del Refugio; se tienen las asambleas como en Burdeos. Las preside el señor Lacoste, y me hacen ponerme a su lado».

Después de haber mencionado la buena acogida recibida en el obispado y en los dos seminarios, Laugeay termina con estas palabras: «Nunca hemos sentido tan vivamente la dulzura del vínculo que nos une de espíritu y corazón a nuestros hermanos como cuando nos hemos separado de ellos; ofrecemos cada día por ellos a Dios nuestras pobres oraciones; que ellos hagan lo mismo por nosotros; no veo otro medio de atraer las gracias del buen Dios sobre los hijos de María».

A pesar de la simpatía que se expresó a los recién llegados, todo el mundo se mantuvo en una actitud expectante, no queriendo nadie comprometerse en una empresa cuya salida no se podía prever. Así no se encontró a nadie «que hiciese ningún gasto de alojamiento ni de instalación ni de mantenimiento. Dardy dio provisionalmente hospitalidad a los religiosos»⁹⁹.

Éstos, sin preocuparse de la opinión pública, se instalaron pobremente en el convento del Refugio, que acababan de dejar las Hijas de María. Después se pusieron a trabajar con sencillez. La escuela, que debía ser completamente gratuita, se anunció con un prospecto de una modestia perfecta: nadie era nombrado y sólo se decía que el espíritu de la nueva escuela era el de las clases gratuitas de las Hijas de María. Las clases se abrieron en diciembre de 1820. Los religiosos aplicaron los medios de emulación que se usaban en Burdeos y, como el partido liberal propugnaba entonces la enseñanza mutua, combinaron este método con la enseñanza simultánea, para no suscitar demasiado clamor.

Los resultados superaron toda expectativa; despertaron admiración y desarmaron «las vivas oposiciones de la municipalidad, de la magistratura y de las mentes de la sociedad de agricultura y de las artes»¹⁰⁰. Uno de los adversarios más decididos, un tal Jourdan, se convirtió con una simple visita a las clases: no tenía en sus labios más que una frase: «Es maravilloso»¹⁰¹.

Escuchemos al propio director informar al P. Chaminade sobre la satisfacción y asombro de la buena gente de Agen. Escribe cuatro meses después de la apertura de las clases¹⁰²: «El público está edificado hasta el entusiasmo con el silencio y la modestia de nuestros niños, tanto en la iglesia como en las calles, cuando desfilan en columnas. Antes que funcionasen las escuelas, esos mismos niños se peleaban en las calles, insultaban a los que pasaban, incluso a los sacerdotes. Hoy no se encuentran con ningún eclesiástico sin quitarse el sombrero o, si no lo tienen, sin hacer el gesto, tocándose la punta de los pelos. Cuando vamos a misa o volvemos, la gente se para vernos desfilar. Alguna vez me abordan para decirme: «Dios mío, ¿cómo hacen ustedes para contener así a esta tropa de niños? ¡Cuántos esfuerzos les tiene que costar! ¡Qué gran servicio hacen a la ciudad! No podremos expresarles todo nuestro agradecimiento!». Un mes después, Laugeay completaba su informe¹⁰³: «Es admirable, querido Buen Padre, ver cuántas bendiciones derrama Dios en nuestras escuelas. Nuestros niños, en general, progresan mucho en lectura, escritura y cálculo. Tenemos algunos que, al empezar con nosotros, no sabían ni una letra y ahora comienzan a leer de la *Imitación de Cristo*. Pero lo más destacable y conmovedor es que estos niños, desde el mayor hasta el más pequeño, de indisciplinados e inclinados al vicio se convierten en dóciles y dulces como corderos, y les gusta oír hablar del buen Dios y de la santísima Virgen».

Bernard Laugeay constataba un hecho realmente sorprendente: «Al principio pensábamos que el título de escuelas gratuitas y el certificado de indigencia que exigíamos alejarían a los niños

⁹⁹ Lalanne, *Notice historique*, p. 15. *La Gerbe-3*, pp. 22-23.

¹⁰⁰ *Dictionnaire des Ordres religieux*, IV, col. 748.

¹⁰¹ Carta de Laugeay a David Monier, 16 de enero de 1822. *AGMAR 109,2,32*.

¹⁰² 28 de abril de 1821. *Día equivocado; es del 18 de abril de 1821*. *AGMAR 26.3.283*.

¹⁰³ 30 de mayo de 1821. *AGMAR 26.3.288*

de familias acomodadas y que no tendríamos más que a los pobres de la última clase del pueblo. La realidad no es del todo así, porque un buen número pertenece a buenos artesanos, e incluso a buenas familias que, entusiasmadas con nuestro centro y esperando que sus hijos reciban buenas lecciones y buenos principios de moral, han desafiado el respeto humano y han ido a llorar a los pies del párroco y de los vicarios para obtener un certificado de indigencia. Algunos eclesiásticos respetables me han confesado que ellos distinguen dos clases de indigencia, una corporal y otra espiritual, y que se creían obligados en conciencia a expedir un certificado a los últimos tanto o más que a los primeros. Toda la ciudad está admirada de ver nuestro centro no sólo mantenerse sino prosperar y crecer. No pueden comprender cómo cuatro pobres hombres pueden instruir bien y gobernar a un número tan grande de niños. Es que no ven el dedo de Dios, no saben que Jesús y María lo han tomado como asunto suyo». Efectivamente, el secreto del éxito estaba en el espíritu verdaderamente apostólico de los maestros, que no ahorraban esfuerzos y que, a pesar de su vida dura, pedían al P. Chaminade añadir nuevas penitencias a las austeridades prescritas por la regla y además pasar la noche ante el Santísimo Sacramento todos los primeros meses de mes¹⁰⁴.

Los niños superaban la cifra de trescientos. Monseñor Jacoupy expresaba su gran satisfacción y presidía en persona el reparto de premios. El consejo municipal, de un liberalismo irreductible, dejaba al menos de quejarse y votaba, de más o menos buena gana, una modesta ayuda. El consejo general, mejor dispuesto respecto a los profesores religiosos, admiraba sin reservas y asignaba una subvención de tres mil francos, mostrándose dispuesto a favorecer una obra semejante en todas las subprefecturas del departamento. El prefecto, Musnier de la Converserie, visitó la escuela en persona y afirmó que «el bien que se hacía allí superaba con creces las esperanzas». El *Journal de Lot-et-Garonne*, que era de opinión liberal u había ignorado durante mucho tiempo a las escuelas gratuitas, las descubrió un día y las reveló a su público en tres largos artículos¹⁰⁵, en términos tan elogiosos que querían compensar su largo silencio. El autor de los artículos ha visto y admirado todo con sus propios ojos. Ha seguido a los niños en todos los ejercicios del día, ha comprobado los métodos de enseñanza, el funcionamiento de «la asociación de emulación y de la asociación del Niño Jesús», los reglamentos y el material.

Al acabar, este inspector tan minucioso se pregunta: ¿quiénes son los maestros de esta escuela modelo? Y responde: «Cuatro Hermanos que, no ocupándose del mundo, son todo para Dios y para sus queridos niños: sus clases y sus celdas son los lugares que frecuentan - ¿Son monjes o fanáticos? - Sin duda, parece que pertenecen a un Instituto religioso, pero nada más sereno que su fisonomía, más modestamente alegre que su carácter. ¿Y su forma de vestir? Uniformidad en el color, pero excepto eso, nada que difiera, en la calidad de la tela y en la forma de los vestidos, de la forma de vestir de las personas bien nacidas. - ¿Y sus medios de existencia? - Hace falta poco a personas que comen sólo lo necesario para vivir. Generosos en todo lo relativo a la enseñanza, hacen pocos gastos personales. Se dice que forman parte de una asociación cuyos miembros, renovando en nuestros días lo que fue tan grande y justo objeto de admiración para los idólatras contemporáneos de la Iglesia cristiana naciente, han puesto en común sus fortunas, sus talentos y sus voluntades para contribuir a la gran obra de regeneración moral de Francia, comenzando por las generaciones todavía no pervertidas».

El efecto fue tal que las peticiones de otras escuelas afluyeron al P. Chaminade. Si hubiese tenido gente y, también sin eso, si hubiese escuchado el entusiasmo de David Monier, habría aceptado inmediatamente escuelas de este tipo en Marmande, Nérac, Tonneins y Lectoure. Pero hubiese sido una locura comprometerse en semejante aventura con un noviciado que sólo tenía un año de existencia y cuando la atención del fundador se dirigía hacia el Norte de Francia, donde Dios parecía tener grandes planes sobre el Instituto.

Sin embargo, entró en negociación inmediata con Marmande y con Tonneins. Se proponía colocar en cada una de estas fundaciones, con los religiosos laicos destinados a llevar escuelas, a un sacerdote para dirigir la congregación¹⁰⁶: así abarcaría simultáneamente las obras que existían ya en

¹⁰⁴ Carta de Laugeay al P. Chaminade, 16 de diciembre de 1821. *AGMAR* 26.3.307.

¹⁰⁵ Números del 9 y 19 de abril y del 24 de mayo de 1823.

¹⁰⁶ Escribe al señor Lacaussade, a Tonneins (20 de marzo de 1821): «En cuanto a la casa, hay que conseguir que sea lo suficientemente amplia para siete u ocho religiosos, las escuelas y las congregaciones de hombres. En cuanto a los religiosos, será preciso que al menos uno de ellos sea sacerdote». *Carta* 153, *Lettres, t. I, p. 268*.

Burdeos y en Agen. No pudo hacer esperar a Villeneuve-sur-Lot todo lo que él habría querido. Esta ciudad le dirigía, por medio de su alcalde, Vassal de Montviel, diputado de Lot-et-Garonne, peticiones tan acuciantes que se vio obligado a ceder. Se le ofrecía a la vez el colegio municipal y las escuelas primarias. Dudaba en aceptar, sobre todo teniendo en cuenta que estaba en conversaciones con el arzobispado de Burdeos respecto al lugar de peregrinación de Nuestra Señora de Verdélais, del que le hubiera gustado encargarse. Pero como el entorno de monseñor d'Aviau no era favorable a este proyecto¹⁰⁷, el P. Chaminade prometió un director para el colegio de Villeneuve y lo dio efectivamente para la reapertura de curso de 1822. El P. Collineau, sacerdote desde hacía apenas dos años, levantó rápidamente este colegio, cuyo estado lamentable había impresionado vivamente al P. Chaminade¹⁰⁸ y que, desde hacía siete años, hacía perder once mil francos anuales a la ciudad¹⁰⁹. El P. Collineau dirigió la congregación y adquirió una gran fama de predicador. Dice un sacerdote de la diócesis de Agen¹¹⁰: «Tenía una capacidad de improvisar singularmente fácil, suave, siempre agradable; las señoras de Agen decían del director del colegio de Villeneuve que hablaba de Dios como un buen hijo sabe hablar de las madre más tierna; gustaba esta palabra sensible, llena de unción y de piedad filial».

Al año siguiente, una colonia de religiosos laicos se unió al P. Collineau para tomar posesión de las escuelas municipales. Bernard Laugeay fue llamado a dirigirlas, dejando la escuela de Agen a Mémain. Reunió pronto trescientos niños, y la nueva escuela de Villeneuve no fue a la zaga en reputación de la de Agen. Tras ochenta años, subsiste todavía el recuerdo de dos religiosos de primera hora, los hermanos Armenaud, que pasaron el resto de su vida en Villeneuve y uno de ellos tomó la dirección de la casa después de Laugeay para conservarla durante cerca de cuarenta años. Eran originarios de Saint-Loubès y, aunque de condición común, llevaban la impronta de la formación que el P. Chaminade sabía dar a sus hijos: sencillez, afabilidad, dignidad de maneras y perfecto espíritu religioso¹¹¹.

El éxito tan sorprendente de las primeras obras emprendidas por los hijos del P. Chaminade se debe al temple de estas almas apostólicas, y, por eso, corresponde a él, después de Dios, el mérito y honor. Ya en este momento la acción de la pequeña Compañía se extendía y recogía fuera los mismos éxitos.

¹⁰⁷ Desde 1819, el P. Chaminade aspiraba al honor de poner a sus hijos ante la Virgen de Verdélais, a quien debía su curación. *Cfr. carta 124, de 24 de julio de 1819, Lettres, t. I, pp. 216-218*. En 1822, monseñor d'Aviau adquirió la antigua abadía de los celestinos con la intención de recoger allí a los sacerdotes de edad y enfermos de la diócesis. Entonces el P. Chaminade recordó al piadoso prelado los proyectos de 1819 en una carta que empezaba así: «Monseñor, desde hace algunos días estoy casi continuamente preocupado con la idea del antiguo esplendor de Verdélais, de la necesidad de restablecerlo, y del deber que tengo de ofrecerle los servicios del Instituto de María, por débiles que sean». *Carta 199, de 3 de junio de 1822, Lettres, t. I, p. 340*.

¹⁰⁸ Carta del 16 de septiembre de 1822 a monseñor Frayssinous. *Carta 210, Lettres, t. I, pp. 362-363*

¹⁰⁹ Lalanne, *Notice historique*, p. 16. *La Gerbe-3, p. 23*.

¹¹⁰ Delrieu, *Notice sur M. Dupuy*, p. 12.

¹¹¹ El agradecimiento de los habitantes de Villeneuve ha elevado a los hermanos Armenaud y, con ellos, a sus colegas una capilla funeraria que lleva esta inscripción: «A los Hermanos de María, tres generaciones agradecidas».